

El umbral del recuerdo

El agua le llegó primero a los tobillos. Las piedras de la orilla, redondas y frías, se movían bajo sus pies como si se abrieran paso para aquella mujer desconocida que había aparecido una tarde de diciembre en la playa de Altea, en aquel rincón del Mediterráneo. Hilga Miller miró al mar y después miró al pueblo, subiendo lentamente por la ladera, con sus casas blancas encendidas por el último sol del día. Algunas ventanas ya tenían las contraventanas cerradas; de una chimenea salía un hilo de humo que se perdía en el cielo y, más arriba, la iglesia parecía vigilarlo todo en silencio. Su cúpula se recortaba contra un cielo medio nublado, mientras las últimas luces del día quedaban atrapadas en las paredes blancas de las casas.

El agua era fría, pero no como el frío que conocía. El frío de su tierra entraba por las paredes, se quedaba en las manos y parecía instalarse dentro del cuerpo. Aquel frío era diferente; era un frío acompañado de luz.

Avanzó unos pasos más. Una ola pequeña le golpeó las piernas y soltó una risa que no esperaba escuchar de sí misma. Llevaba tiempo sin reír con esa alegría sencilla que uno encuentra en la infancia, cuando todavía no sabe que algunos momentos quedarán guardados para siempre.

Desde la orilla, un pescador que recogía redes la observó durante unos segundos. Era un hombre mayor, de piel tostada por el sol y manos marcadas por años de trabajo. Dijo algo que ella no entendió; las palabras se perdieron entre el viento y el sonido de las olas.

El pescador señaló primero el mar y después movió la cabeza con una expresión seria, como quien da un consejo importante. Luego volvió a sus redes con la tranquilidad de quien conoce cada piedra de aquella costa. Ella no comprendió la frase, pero comprendió el gesto.

Aquel hombre no miraba el mar como se mira una postal bonita. Lo miraba como se mira a alguien a quien se respeta. Con los años entendería que el Mediterráneo podía regalar días de una belleza inmensa y, al mismo tiempo, exigir prudencia a quienes vivían de él.

Pero aquella tarde no necesitaba entender las palabras. El pueblo hablaba otro idioma. Le hablaban las piedras bajo sus pies, el rumor de las olas, el olor de la leña quemándose en alguna casa, las campanas lejanas de la iglesia, la voz de las gaviotas y las sombras de las nubes alargadas sobre las paredes blancas.

Le hablaba el gesto de aquel hombre recogiendo sus redes.

Y ella, sin saberlo todavía, acababa de empezar a aprender.

*

Había pasado casi un año desde aquella tarde en la playa. Para entonces ya podía comprar pan, preguntar por una calle y mantener pequeñas conversaciones con las mujeres que encontraba en sus paseos. Todavía se equivocaba con algunas palabras y, cuando no encontraba la forma de explicar algo, sus manos acudían antes que su voz. Ellas se reían, pero nunca con malicia.

El verano había llegado con toda su fuerza. El sol caía sobre las calles sin pavimentar y levantaba un polvo fino que se quedaba en los bajos de las faldas y en los zapatos de quienes caminaban por ellas. Las casas blancas brillaban bajo la luz del mediodía, aunque muchas paredes llevaban las marcas del tiempo: capas de pintura descascarillada, pequeñas grietas y piedras asomando donde antes había habido cal. A ella le parecían más hermosas así, como si cada mancha guardara una historia que todavía nadie había contado.

Caminaba por el Raval marineru con su cámara colgada al cuello cuando vio a una mujer sentada junto a una puerta abierta. Frente a la fachada había jarros llenos de geranios de varios colores. La mujer era mayor y vestía completamente de negro, como tantas otras que había visto por las calles. Tenía las manos apoyadas sobre el regazo y miraba hacia el interior de la casa, donde una corriente de aire movía lentamente una cortina blanca. Entre las manos sostenía una fotografía.

Hilga se detuvo. No era la primera vez que veía fotografías antiguas en las casas del pueblo. Algunas estaban colocadas sobre muebles, junto a pequeñas imágenes religiosas o jarrones con flores secas. Eran rostros serios, personas que parecían mirar desde otro tiempo. Pero aquella mujer no estaba simplemente mirando una fotografía. Parecía estar sumida en un lugar al que solo su recuerdo podía llevarla.

—¿Puedo verla? —preguntó despacio, señalando la imagen.

La mujer levantó la mirada. Tardó unos segundos en responder. Después le hizo un gesto para que se acercara.

La fotografía estaba gastada por los años. En ella aparecía una familia delante de una casa que ya no era igual: un hombre joven con una camisa blanca, una mujer con un vestido oscuro, tres niños y una niña mirando a la cámara con una seriedad que no correspondía a sus edades.

La mujer señaló primero la fotografía y después señaló la casa.

—Mi casa. Mi familia. Yo, joven. María —dijo, señalando a la mujer de la fotografía y después a sí misma.

Hilga entendió y miró la casa con interés.

La fachada era la misma que aparecía en la fotografía, como si el tiempo hubiera pasado por encima de ella sin conseguir llevársela del todo. Las flores ahora ocupaban el lugar de la familia; los hijos habían volado como las gaviotas y el marido solo permanecía en el recuerdo, acompañado por el negro del luto.

La mujer llamada María dijo varios nombres mientras Hilga escuchaba con respeto. Después bajó la mirada hacia la fotografía y acarició con un dedo la esquina gastada del papel. No lloró; había aceptación en su mirada.

De pronto, la mujer le ofreció la fotografía. Hilga negó suavemente con la cabeza.

—No, no. Es suya.

La mujer sonrió y volvió a señalar la cámara que llevaba colgada. Entonces señaló la fotografía y después a sí misma.

La petición era sencilla, aunque Hilga tardó un momento en comprenderla.

María quería que hiciera una nueva fotografía. De aquel momento. De ella allí sentada, junto a la puerta que había visto pasar tantas vidas.

Hilga asintió y se colocó a una distancia adecuada para conseguir una buena imagen. Levantó la cámara y esperó.

Durante unos segundos no ocurrió nada extraordinario. No pasó nadie por la calle. Ningún niño corrió detrás de una pelota. Ninguna voz rompió el silencio.

Solo estaba aquella mujer vestida de negro, la casa blanca con la pintura gastada, la luz del verano entrando por la puerta abierta y una fotografía antigua descansando sobre sus manos.

Entonces apretó el botón. El pequeño sonido de la cámara se mezcló con las campanas de la iglesia que empezaban a sonar a lo lejos.

Y por un instante sintió que no estaba tomando una fotografía de una mujer. Estaba tomando una fotografía del alma de un pueblo.

*

El verano había vuelto a Altea una vez más.

El sol aún no caía con toda su fuerza y la playa despertaba despacio. Hilga dejó las sandalias sobre las piedras y avanzó hasta que el agua le cubrió los tobillos. Sonrió sin darse cuenta. Las piedras redondas ahora eran familiares. Después de tantos veranos, conocía el modo en que se deslizaban bajo los pies y el equilibrio necesario para permanecer quieta mientras las olas iban y venían.

La cámara de dos objetivos que tantos años la había acompañado descansaba ya en una estantería de su casa. Ahora tenía un teléfono móvil con el que seguía haciendo exactamente lo mismo que había hecho toda su vida: guardar instantes antes de que el tiempo decidiera llevárselos.

Alzó la mirada hacia el Mediterráneo.

El rumor de las olas seguía llegando con la misma cadencia. Las gaviotas continuaban dibujando círculos sobre la bahía y la brisa traía ese olor a sal que nunca había aprendido a describir, pero que siempre había sabido reconocer.

Después volvió la vista hacia el pueblo. La iglesia seguía dominando la ladera, blanca bajo el cielo limpio, permaneciendo inmutable mientras todo lo demás encontraba otra forma de crecer. Las calles que un día fueron de tierra, ahora ya pavimentadas, recibían a visitantes llegados de todas partes. Desde el campanario hasta la costa caminaban parejas, familias y viajeros que levantaban la vista con el mismo asombro con el que ella lo había hecho tantos años atrás.

Los restaurantes comenzaban a abrir sus terrazas. El tintinear de las tazas de café se mezclaba con el murmullo de las primeras conversaciones. El paseo marítimo unía ya la playa con el puerto y continuaba bordeando el mar hacia el pueblo vecino. Entre las antiguas casas blancas habían aparecido nuevos edificios y balcones. La luz se posaba sobre las fachadas con la misma gracia, indiferente al paso del tiempo.

Solo algunas mujeres mayores continuaban vistiendo de negro. Las demás llenaban las calles de colores suaves que parecían elegidos por el propio paisaje: azules desvaídos, verdes oliva, ocre y blancos.

No todos los pueblos envejecen con gracia. A Altea, en cambio, los años le habían sentado bien.

Hilga permaneció inmóvil mientras una ola le rozaba los tobillos. A unos metros de distancia, un niño buscaba conchas entre las piedras y las iba guardando con cuidado en un cubo de plástico amarillo. Su madre, sentada sobre una toalla, extendía crema solar sobre sus brazos y, de vez en cuando, levantaba la vista para comprobar que el pequeño seguía allí. Le sonreía y él, sin dejar de rebuscar entre las piedras, le devolvía la sonrisa antes de continuar con su pequeño tesoro.

Hilga observó la escena durante unos segundos. En aquel mismo lugar, muchos años atrás, un pescador había recogido sus redes mientras le hablaba en un idioma que entonces le resultaba incomprensible. Ahora solo quedaban el rumor del agua y el eco lejano de aquel gesto con la mano señalando el mar.

Bajó la vista hacia sus propias manos. El tiempo las había llenado de pequeñas manchas y arrugas, y el sol del Mediterráneo había dejado en ellas un tono parecido al de las manos curtidas de aquel pescador.

Las giró despacio, como si buscara algo escrito en la piel.

Entonces, sin saber muy bien por qué, volvió a verla. María seguía sentada junto a la puerta de su casa, con la fotografía descansando entre las manos y la luz del verano entrando por el umbral.

*

Sus pasos la llevaron, casi sin pensarlo, hasta la calle donde un verano había conocido a María.

Seguía siendo una calle estrecha y luminosa, donde la sombra encontraba refugio junto a las fachadas blancas. Algunas casas conservaban la pintura descascarillada que tanto le había gustado fotografiar en sus primeros años, mientras que otras habían sido restauradas con el mismo cuidado con el que se restaura un recuerdo. La de María era una de ellas.

Los marcos de las ventanas y la puerta lucían ahora un azul intenso que parecía recoger el color del Mediterráneo. A ambos lados de la entrada, macetas de barro rebosaban de geranios, jazmines y buganvillas que trepaban por la pared, derramando manchas de rojo, blanco y fucsia sobre la cal.

La puerta permanecía abierta para dejar entrar la brisa del mediodía.

Junto al umbral descansaba una silla de enea.

Desde el interior llegaban el sonido de un televisor y el murmullo pausado de una conversación entre un hombre y una mujer. No distinguía las palabras, solo esa música cotidiana que siempre había encontrado detrás de las puertas abiertas de Altea.

Se detuvo unos pasos antes de la entrada. No quería interrumpir aquella escena. Permaneció inmóvil, observando desde un ángulo en el que nadie pudiera verla.

Levantó la vista. La pared del recibidor estaba cubierta de fotografías. Retratos de boda, niños en la playa, comuniones, cumpleaños y viejas imágenes en blanco y negro convivían con otras mucho más recientes. Sus ojos recorrieron despacio aquel mosaico de vidas hasta detenerse, de pronto, en dos fotografías que colgaban una junto a la otra.

Allí estaba María, sentada junto a aquella misma puerta, vestida de negro, con la luz del verano acariciándole el rostro y una fotografía entre las manos.

A su lado permanecía la otra imagen. La familia reunida frente a la fachada blanca. El marido, los tres niños, la pequeña y una María joven mirando a la cámara con aquella seriedad que solo tenían las fotografías antiguas.

Las dos seguían juntas. Como si nunca hubieran dejado de pertenecerse.

Hilga sintió que el pecho se le llenaba de una emoción tranquila. Sonrió con ojos humedecidos.

Hacía tiempo que había cambiado la cámara de fotos por un teléfono móvil, pero seguía haciendo lo mismo: tomar fotografías del pueblo y guardar instantes como tesoros.

Pensó en tomar otra fotografía, pero, en lugar de ello, decidió optar por el recuerdo. Como una carta escrita a mano, algo íntimo, personal. Miró la silla de enea; por un momento, allí vio a María.

Guardó el móvil en el bolsillo y reanudó el paso. Mientras se alejaba, las voces del interior, el televisor y las campanas de la iglesia volvieron a mezclarse con el rumor del mar.

Aquella fotografía había encontrado su lugar mucho antes de que ella comprendiera que también había encontrado el suyo.

Sara Herrera Esteban